

la *Enciclopedia* (que firma Voltaire), dice ser cosa recibida y corriente por entonces la extensión del contenido de la historia á lo que ahora llamamos civilización: usos, leyes, costumbres, comercio, población, agricultura, etc. (1).

Y en efecto, los historiadores, no ya sólo los preceptistas, habían entrado por el nuevo camino con bastante resolución, unos historiando ramas especiales de la actividad humana, como el comercio, la Hacienda, la agricultura, las artes, la literatura (cumpliendo así el propósito de Bacon), y otros (los que más nos interesan) dando entrada en las historias generales al estudio de aquellas materias. De los primeros, puede citarse, en Francia, á Goguet (2), que algunos presentan como iniciador, y en Inglaterra á Robertson (3). De los segundos basta mencionar al abate Velli (citado por Voltaire con elogio), que en su *Historia de Francia* (1755 y siguientes) estudia las instituciones, la legislación, los monumentos y las costumbres, y al abate Millot, que en sus *Elementos de historia general antigua* (1772) incluye las costumbres, leyes, artes, religión, literatura, etc., de los pueblos.

(1) Véase el párrafo titulado *De la méthode, de la manière d'écrire l'histoire et du style*.

(2) *Origine des lois, des arts et des sciences et de leurs progrès chez les anciens peuples*. París, 1758.

(3) *Investigaciones sobre el comercio de la India*. Citado por Volney en el tratado de que hablaremos luego. En la *Historia del Emperador Carlos V* (1769), Robertson da entrada también á otros asuntos de la vida social diferentes de la política. (Véase el prólogo, la introducción, parte 1.^a, sección 1.^a, y las notas.—Edición española. Madrid, 1821).—Tanto Robertson como Goguet tienen precedentes muy anteriores, que pueden verse en la bibliografía de Lenglet. Tal Juan Boemi, que en 1536 investiga las costumbres de todos los pueblos (*omnium gentium mores*). Pero hasta el siglo XVIII no forman *serie* estos estudios.

En España, la nueva doctrina tiene copiosa representación. Hállase en el P. Andrés, quien señala como deber de la historia que comprenda *todo el hombre*; en Campomanes, aunque algo limitada (1), y muy especialmente en los tres preceptistas que vamos á citar: el P. Sarmiento, Jovellanos y Forner.

El P. Martín Sarmiento, que publicó en 1775 unas *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*, decía á este propósito: «No hallaré dificultad en profesar que la mayor parte de los libros que se han escrito de historia, lo que menos contienen es lo que debiera ser el objeto principal de ella. Si tomo un libro de historia en la mano, no tropiezo con otra cosa sino con un tejido continuado de guerras, con una fastidiosa repetición de oraciones, que jamás han dicho los capitanes, y cuando más, con tal ó cual nacimiento y muerte de príncipes, como si sólo las acciones de éstos fuesen el único objeto de la historia. *Ésta debe instruir á los hombres, presentándoles los sucesos más memorables, no sólo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, morales, teológicos y literarios.*»

Jovellanos, en su discurso de recepción en la Academia de la Historia (1778), escribía: «Yo no tengo empacho de

(1) Campomanes dice en nota al *Discurso de las causas que ofenden á la monarquía*, etc., de Osorio (*Apéndice á la Educación popular*. Parte 1.^a Madrid, 1775, pág. 347): «Las historias comunes refieren negociaciones, ligas, guerras, y tratados de paz.... Ignoran la constitución civil y el derecho público de la nación y sus relaciones con las comarcas.... De donde resulta que las historias corrientes suelen estar llenas de sueños y cosas inexactas; faltando las noticias políticas, económicas y militares que pudieran servir de sólida instrucción, como la que dió Robertson del sistema feudal de las naciones de Europa.» Como se ve, todavía la atención de Campomanes gravita principalmente hacia la historia política.

decirlo: la nación carece de una historia. En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias, apenas se encuentra cosa que contribuya á dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones; en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y de la mentira. Pero ¿dónde está una historia civil que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias?» Aun está lejos Jovellanos del amplio concepto de la historia que hoy se admite; pero ¿en cuánto no rompe el estrecho círculo de los autores que le precedieron?

Don Juan Pablo Forner es el más explícito y completo de nuestros preceptistas del siglo XVIII. En sus *Reflexiones sobre el modo de escribir la Historia de España* (1) establece claramente la doctrina. «Vanamente—dice—se buscará en estas historias (las publicadas hasta la fecha) la exposición de las costumbres, leyes, economía, saber y estado interior de las naciones; vanamente el origen y progreso de la legislación, artes, comercio y poder ó decadencia de cada una; vanamente la advertencia de los defectos ó vicios de la constitución política y sus causas; vanamente el modo de pensar de los pueblos.....; teniendo esto tanto influjo en las modificaciones que reciben los Estados en distintos siglos.» (Páginas 60 y 61). Sigue luego una crítica de las historias al

(1) Escribió Forner sus *Reflexiones* á fines del siglo XVIII. Yo me sirvo de la edición de 1816 (101 páginas en 8.º menor). El manuscrito original está en nuestra Biblioteca Nacional.

uso, y añade: «La historia de la religión, de la legislación, de la economía interior, de la navegación, del comercio, de las ciencias y artes, de las mudanzas y turbulencias intestinas, de las relaciones con los demás pueblos, de los usos y modo de pensar de éstos en diferentes tiempos, de las costumbres é inclinaciones de los monarcas, de sus guerras, pérdidas y conquistas, y del influjo que en diversas épocas tiene todo este cúmulo de cosas en la prosperidad de las sociedades civiles, es propiamente y debe ser la historia de las naciones.» (Páginas 63-4.)

Y concluye Forner diciendo que esto no lo han hecho los historiadores desde Tácito (sic), hasta que lo han resucitado los modernos filósofos (Voltaire, Raynal.....) (1).

Semejante doctrina, tan completa ya en Forner, la aplican dos de nuestros mejores historiadores: Masdeu y Capmany.

Masdeu, cuya obra, con todos sus defectos, es de una importancia extraordinaria, la titula *Historia crítica de España y de la cultura española* (2); y aun cuando en realidad su desempeño no alcance á lo ambicioso del título, todavía lo cumple en mucha parte. Así, en el discurso preliminar sobre el «clima de España, el genio y el ingenio de los españoles para la industria y la literatura, su carácter político y moral», trata de las condiciones físicas del suelo, de su

(1) Otros pasajes análogos contiene el folleto. Véanse páginas 4, 24 y 77 á 80. Es interesantísimo todo lo que dice Forner acerca del estudio de las fuentes, de los caracteres, del valor de la historia para los intereses modernos, de la política de los Reyes Católicos, de la Casa de Austria, de los motivos de nuestra decadencia y de la condición puramente política de nuestras conquistas.

(2) Edición española de 1783.—Desde el vol. II se añade en la portada: «.....cultura española en todo género».

influjo en la vida del hombre (1) y de la aptitud de la raza española para la industria, la agricultura, las artes, la milicia, la náutica, el comercio, la literatura y la política, y dedica algunos tomos á estudiar la cultura de la España romana (el VIII) y de los árabes (el XIII). Capmany, por su parte, en las *Memorias históricas sobre la marina, comercio, navegación y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (1779), hace propiamente, como reconoce el Sr. Caveda (2), una historia de la civilización.

No obstante estos ejemplos y aquellas doctrinas, los más de los historiadores conservaban el antiguo concepto del contenido de la historia, y más de uno de los tratadistas encaminaban sus investigaciones por senderos diferentes, que importa advertir para que no llamen á engaño los títulos de sus obras. Así, las *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*, que por encargo de la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona escribió el Marqués de Llió (3), no son más que un tratado de crítica, en el

(1) El estudio de las relaciones entre lo físico y lo moral en el hombre, tenía tradición en España. Véase, además del conocidísimo libro de Huarte, Feijóo (*Teatro crítico*, II. Disc. 15), y el P. Ignacio Rodríguez de San José (*Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias*, Madrid, 1795). Debe haber otros (el Sr. Menéndez y Pelayo cita uno del siglo XVII), y sería interesante reunirlos, reconstruyendo la serie.

(2) Caveda, *Desarrollo de los estudios históricos en España, desde el reinado de Felipe V hasta el de Fernando VII*. Discurso leído en la Academia de la Historia en 18 de Abril de 1854. Madrid, Rodríguez, 1854.

(3) Los dos primeros capítulos se publicaron en el tomo I (primera y segunda parte) de las *Memorias de la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona*, 1756. El cap. III, que trata de la tradición, no se publicó hasta 1868, con el tomo II de dichas *Memorias*. Quedó inédito lo referente á instrumentos, sellos, monedas é inscripciones.—Carácter análogo tiene la obra del P. F. Jacinto Segura, titulada primeramente *Preceptos de crítica para estudiosos de historia*, y luego, en la impresión, *Norte crí-*

cual se clasifican las fuentes, se dan reglas para su interpretación y jerarquía, se establecen las cualidades psicológicas (integridad, prudencia, erudición, religión.....) que debe reunir un buen historiador, etc.

Lo mismo cabe decir del libro que el abate Mably dedicó al arte de escribir historia (1). Á pesar de lo malísimamente que Mably habla de Voltaire, la preceptiva de este último es muy superior á la del primero, y así lo reconoció Volney. Mably es un entusiasta de los modelos clásicos: su ídolo es Tito Livio, y su principal preocupación la parte literaria de la historia, el arte de contar, cosa que, ciertamente, no debe ser despreciada. Cuando habla de costumbres, no hay que interpretar esta palabra en el sentido que le dió Voltaire: se refiere sólo á las costumbres políticas. Todo el progreso de su concepción histórica no pasa de pedir que se estudien las leyes, el derecho público y el gobierno. Ve la historia desde el punto de vista del desarrollo del Estado y del derecho. Cree, como Plutarco, que á veces los detalles menudos—ó tenidos por tales—«sirven para dar á conocer de qué manera se han formado ó transformado el gobierno, las leyes, las costumbres, el carácter y temperamento de un pueblo»; pero que si no alcanzan esta cuali-

tico con las reglas más ciertas para la discreción de la Historia: y un tratado preliminar para la instrucción de históricos principiantes. (La primera edición en Valencia, 1733. La segunda, muy adicionada, en Valencia, 1736: en dos volúmenes de LXIV-205 y 466 páginas, respectivamente). El P. Segura trata de la utilidad de la historia, del estilo, de las reglas de crítica, de la cronología y geografía, de la clasificación de las fuentes literarias, de los mapas históricos y de la tradición. Lo más útil de su obra es la crítica que hace de los autores antiguos, y en especial de los cronicones españoles publicados desde fin del siglo XVI á mediados del XVII.

(1) *De la manière d'écrire l'histoire*. París, 1783.

dad, se les debe suprimir resueltamente. Su repugnancia á las investigaciones paleográficas y diplomáticas lo incapacita para ser un historiador directo, y lo retrata muy gráficamente. Busca siempre en la historia la lección moral, y para esto pide que se estudie el origen y el por qué de los sucesos; pero no contiene ni una sola alusión al concepto que tan claro expresan Voltaire, el P. Sarmiento y otros ya citados.

Como á Mably le pasa á lord Bolingbroke (1), el cual no muestra la más mínima preocupación por el contenido de la historia, que para él sigue siendo la actividad política únicamente, y eso que sus cartas son de 1735 (2). Pero en este orden, Bolingbroke representa muy bien el ideal de su época. Se nota en él la fuerza del movimiento crítico del siglo xviii, la misma que dió origen á tan infatigables eruditos y críticos en España, la que produjo la célebre discusión acerca del valor respectivo de los documentos y de las tradiciones entre Berganza y Ferreras, de un lado, y Saavedra Fajardo, de otro. La historia que buscan entonces los hombres de estudio es una historia con documentos, con testimonios depurados, por los cuales se inquiere y determine el origen y causas de los sucesos. La reacción contra las fábulas, las invenciones y la buena fe, es general y manifiesta; y el afán documentario prelude ya la explosión del movimiento crítico y erudito que tanta gloria dió á Ranke en el primer tercio de nuestro siglo (3). En Boling-

(1) *Letters on the Study and use of history.....*, by Henry St. John, lord Viscount Bolingbroke. London, Ward, Sock and C.^o: sin año (1879?).

(2) En el «Plan de historia general de Europa», que acompaña á las *Cartas*, no hay más.

(3) Sabido es que Buckle, en su *Historia de la civilización en Inglaterra*,

broke, el ideal sigue siendo el mismo que tradicionalmente venía siguiendo la historia: el ejemplo moral y político; pero Bolingbroke busca, como Mably—y á imitación de los historiadores clásicos (1), la pintura de los caracteres, la formación de una psicología de los personajes históricos, de la cual brote la enseñanza que el hecho histórico puede dar.

Como se ve, la idea—ó á lo menos la preocupación—del nuevo contenido de la historia, falta en algunos preceptistas importantes del siglo xviii. Lo que suele no faltar en ellos—más ó menos explícito—es el concepto *democrático* de la historia (la historia no es de los príncipes, sino de los pueblos), concepto que, por curiosísima derivación de términos, suele confundirse con el de la historia de la cultura ó de la civilización. Así, no es raro ver autores que, pretendiendo escribir esta última, lo que realmente hacen, tan sólo es ampliar la base de la historia política y jurídica, sustituyendo al sujeto individual (rey, príncipe) el sujeto colectivo (pueblo, clases sociales) (2).

El siglo xviii se cierra con un tratado (que hoy casi na-

ha historiado en parte el origen y desarrollo de la corriente crítica desde la Edad Media al siglo xviii, especialmente en Francia. Faltan muchos datos en la obra de Buckle, y sería necesario rehacerla, con criterio á la vez técnico y filosófico, estudiando las diferentes corrientes que concurren á dar seriedad y fijeza á la historia, lavándola de invenciones, fraudes piadosos, falsificaciones, credulidades enormes, etc. La historia de este movimiento en España, merced al cual se va formando la historiografía nacional, sería muy interesante, y hay para ello grandes materiales, sobre todo en los siglos xvii y xviii.

(1) Cicerón defendía lo propio en el conocido texto: *Quis nescis primam esse historiarum legem.....* (V. Daunou, *ob. cit.*, VII, págs. 31-34).

(2) Véase más adelante el párrafo del Sujeto de la historia. En Guizot hay bastante de esto que decimos ahora, y lo mismo en Macaulay.

die recuerda ni cita) del célebre Volney. Es el *Programa* de historia que, como profesor de esta materia, presentó Volney á sus compañeros de las Escuelas Normales fundadas por la Convención Nacional, presididas por Lakanal y Deleyre (1), y en cuyo profesorado figuraban hombres tan ilustres como Laplace, Lagrange, Haüy, Monge, Thonin, Bernardino de St. Pierre, Laharpe y otros.

No debe olvidarse que Volney fué un erudito, un infatigable y celoso crítico é investigador, cuyas condiciones y desvelos en este punto no cabe negar, cualesquiera que fuesen sus errores, y sea el que quiera el juicio que hoy formemos de su filosofía. Así se explican las excelencias de su Programa, amplio de horizontes y completísimo en la metodología. Sigue tratando, al igual que los preceptistas anteriores, y con mayor rigor que ninguno, la cuestión de la crítica y de la certidumbre de los hechos históricos, así como la discutida imparcialidad del historiador; pero añade á esto una doctrina verdaderamente pedagógica y escolar, muy desarrollada, y un plan que comprende las más ambiciosas miras de los partidarios del nuevo contenido (2).

(1) Se publicó este Programa en los tomos I, II y III de la publicación titulada *Séances des Ecoles Normales, recueillies par des sténographes et revues par les professeurs*. Usa la nueva edición de 1800. Paris, Imp. du Cercle-Social.

(2) De lo que dice Volney acerca del estudio de la historia en la primera y segunda enseñanza, así como de otros puntos pedagógicos que trata, nos ocuparemos más adelante.—Por si no hay ocasión más propicia, consignaremos aquí un mérito de Volney que contradice los juicios demasiado absolutos que se suelen hacer acerca de los errores de los revolucionarios en punto al verdadero sentido de la historia clásica. Volney es de los que protestan contra la interpretación que generalmente se daba en su tiempo á la antigüedad griega y latina; reconoce que no se sabe bien la historia de estos pueblos, y censura, sobre todo, que se tomaran como ejemplos de libertad, organizaciones políticas fundadas en el

Comienza el Programa con una exposición de los diferentes puntos que se propone tratar. Son éstos: 1.º, certeza de los hechos históricos; 2.º, importancia que debe atribuírseles; 3.º, utilidad social y práctica que puede sacarse de la enseñanza y del estudio de la historia, determinando en qué clase de escuelas ó grado de instrucción deberá empezarse á explicar aquella materia, qué condiciones ha de reunir el profesorado, qué método de enseñanza es el mejor, á qué fuentes habrá de acudir, cómo debe escribirse la historia, qué influencia ejercen los historiadores en el juicio de la posteridad, en los actos de los gobiernos y en la suerte de los pueblos.

Terminada esta primera parte, Volney se proponía trazar un cuadro sumario (que no llegó á publicarse) de la historia general, que comprenderá el estudio «de la marcha y progreso» de las artes, las ciencias, la moral privada y pública y las ideas á ellas referentes, la legislación, las emigraciones y cruces de razas, la influencia del medio físico, etc., para concluir con el examen de estas dos cuestiones: «1.ª ¿á qué grado de civilización puede estimarse que ha llegado el género humano?, 2.ª ¿qué indicaciones generales resultan de la historia, aplicables al perfeccionamiento de la civilización y al mejoramiento del destino de la especie?» (1).

Volney mantiene esta amplísima idea de la historia en

despotismo del Estado ó en la esclavitud. (Tomo III de las *Séances*, páginas 431 y sig.) Volney tenía treinta y ocho años cuando escribió este Programa. Después publicó muchas de sus más importantes obras.

(1) Tomo I, páginas 78-79. Están desarrolladas estas ideas en el t. III, páginas 411 y 415, que deben leerse, porque muestran con cuánta amplitud concebía Volney el contenido de la historia. No se copian aquí por su mucha extensión.

todo su Programa, siendo lamentable que no llegara á publicarse la parte segunda. Tan sólo se advierten ligeras vacilaciones en que parece vencer el concepto antiguo, como cuando establece diferencias y casi una separación (á la manera de Bacon) entre la historia política y la de las artes (1), ó cuando le arrastra la predominante consideración de la vida política (2).

Con este ejemplo importante, que lo azaroso de los tiempos y la enemiga que inspiraba Francia á las demás naciones no difundió todo lo que hubiera sido necesario aun en países que, como el nuestro, tenían tan francos y clarísimos representantes de las nuevas ideas, comienza el siglo XIX.

La corriente crítica toma una fuerza incontrastable, sobre todo en Alemania, con Niebuhr, Ranke, Müller, Gieseler y tantos otros, promoviendo grandes discusiones acerca de las historias y los documentos falsos, pero arrastrando, al cabo, á un movimiento provechosísimo hacia la verdad y la sinceridad históricas, y como condición de éstas, hacia el estudio directo y la depuración de las fuentes, sobre todo las propiamente documentales que tanto supo Ranke aprovechar (3).

(1) Ver, por ejemplo, t. II, pág. 230.

(2) Tomo II, pág. 441. Volney llega á decir: «Confieso que, á mis ojos, la utilidad política de la historia es su propio y único fin: la moral individual, el perfeccionamiento de las ciencias y de las artes, no me parecen más que episodios y accidentes; el objeto principal, el arte fundamental, es la aplicación de la historia al gobierno, á la legislación, á toda la economía política de las sociedades; de manera, que yo llamaría de buen grado á la historia, la ciencia fisiológica de los gobiernos.....»

(3) Algunos datos, si bien un poco confusos, de este período, pueden verse en el artículo de lord Acton titulado *German Schools of History*, que se publicó en el número 1.º de la *English Historical Review* (Enero de 1886, páginas 7-42).

Derivación de este sentido, y continuación, en buena parte, de la preceptiva clásica, fueron las lecciones que de 1819 á 1830 dió, en el Colegio Real de Francia, Daunou, y que luego se publicaron con el título de *Cours d'Études historiques* (1). En ellas trató el autor de la crítica histórica y examen de fuentes; del uso de la historia y su utilidad; de la cronología y la geografía, y del estilo; terminando con un estudio detallado de los historiadores clásicos y de los sistemas filosóficos aplicados á la historia. Del contenido de ésta no se ocupa especialmente, y aunque parece admitir las nuevas ideas, no las explana ni es muy explícito acerca de ellas. En cambio, da gran extensión á lo que pudiéramos llamar la retórica de la historia: retratos, paralelos, arengas, descripciones, elocución, etc.

Más en el tipo moderno está el libro de Buchez, *Introduction à la ciencia de la Historia* (2), del cual, por la índole de las cuestiones que principalmente estudia, nos ocuparemos en el próximo capítulo.

Mientras tanto, los historiadores comenzaban á dar aplicación á las nuevas ideas.

En 1826-34 Schlosser da á la imprenta, en Heidelberg, su *Historia del mundo antiguo y de su civilización*, título que hace ya sonar el nombre hoy consagrado. Guizot da igual carácter á sus cursos de 1828, 1829 y 1830; y sabido es (aunque no comprenden todo el contenido de la civilización), el efecto que produjeron en Europa, y lo mucho que han contribuido á encauzar las ideas en el sen-

(1) París, 1842. 20 tomos.

(2) P. J. B. Buchez, *Introduction à la science de l'histoire*. París, 1842. Dos volúmenes.

tido expresado; y Wachsmuth, que ya en 1831-39 había publicado una *Europäisch Sittengeschichte* (1) (*Historia de las costumbres en Europa*), dió á la estampa en 1850-52 una *Historia general de la civilización* (*Allgemeine Kulturgeschichte*); mientras que Sismondi, Friedländer, Riehl y otros, escriben historias especiales no políticas, ó dan entrada en sus libros al estudio de los diferentes elementos de la cultura.

En esta corriente entra Cantú, que, en su célebre *Historia* (1837) consagra el derecho del arte, de la literatura, de las ciencias, á figurar en el relato de la vida de los pueblos; y tras él sigue larga lista de imitadores. Cumple citar entre los de superior criterio científico, á G. Weber, cuyo *Compendio de la Historia universal*, traducido en 1853 al castellano por D. Julián Sanz del Río, tan considerable influjo ejerció entre nosotros, y es todavía, en Alemania, uno de los libros más apreciados para la enseñanza.

En España se escriben al mismo tiempo dos historias de su civilización. El Sr. Tapia (2) incluye en la suya el estado social, los progresos industriales é intelectuales, la organización jurídica y eclesiástica, las costumbres, la literatura y bellas artes, aunque no resulta muy abundante en datos, ni concede igual importancia á todos estos puntos. Don Fermín Gonzalo Morón inspira su *Curso* (3) en las citadas palabras del P. Sarmiento, y dice: «Las instituciones políticas, las leyes, los actos oficiales del Gobierno, la adminis-

(1) Y en 1820 una *Teoría de la investigación histórica*.

(2) *Historia de la civilización española*, por D. Eugenio de Tapia. Madrid, 1840. Cuatro volúmenes.

(3) *Curso de Historia de la civilización de España*. Madrid, 1841-46. Seis volúmenes.

tración, el comercio, las artes, los establecimientos y progresos literarios y morales (1), y todo cuanto conduzca á dar á conocer la vida intelectual y moral de las naciones, la descripción viva y animada de sus costumbres, de sus hábitos, de lo que constituye el carácter y la vida de un pueblo: he aquí los verdaderos y principales elementos de la historia.» Y añade luego que deben estudiarse, no sólo los hechos sociales, mas también los individuales, para hacer la historia del pensamiento científico.

Este movimiento, en el que entran, reforzándolo y ampliándolo, grandes historiadores como Buckle (1859-61) (2) y Macaulay (3), es hoy el aceptado por la ciencia. Mas no puede decirse de una manera absoluta que la incorporación de la historia de las instituciones y de la cultura á la historia política, sea una causa completamente ganada,

(1) Trata, por ejemplo, de la instrucción pública.

(2) Véase, por ejemplo, el cap. IV, t. 1 de la edición francesa de su *Historia de la civilización en Inglaterra*. En el cap. I (pág. 5) hace indicaciones sobre el nuevo sentido de la historia, manifestado en algunos de los autores del siglo XVIII.

(3) Bastará citar este párrafo de la *Historia de Inglaterra* (1848): «Mi objeto y mi propósito han sido hacer juntamente la historia del pueblo y la del Gobierno; notar el progreso de las artes bellas y de la industria; describir la formación de las sectas religiosas y las fases del gusto literario; pintar las costumbres de las varias generaciones, sin olvidar los cambios por qué mudaron las costumbres, los adornos domésticos, los banquetes y diversiones públicas....» Véanse también los párrafos finales del estudio titulado *History*, incluido en los *Miscellaneous writings*, y traducido en España junto con el tomo de *Vidas de políticos ingleses* de la *Biblioteca clásica* (páginas 373-377). Macaulay parece querer sincerarse de su atrevimiento, pues añade en la *Historia de Inglaterra*: «Aceptaré de buen grado la censura de haber rebajado un escalón el decoro de la historia, si logro presentar á los ojos de los ingleses del siglo XIX un cuadro fiel de la vida de sus antepasados.»

puesto que no ha logrado desterrar por completo el concepto tradicional en los historiadores.

Verdad es que abundan en casi todos los idiomas cultos, y especialmente en alemán y en francés, las *Historias de la civilización*, habiéndose llegado á escribir la de épocas tan difíciles como la Edad Media (1), y regiones tan lejanas como el Asia Menor (2); y que en la enseñanza se procura introducir este sentido, ya imponiéndolo en el programa y en el libro de texto, ya en las preguntas y temas de exámenes y concursos (3). Pero al lado de esto subsiste dudosa la cuestión fundamental, planteada principalmente en estas dos formas: en qué medida debe entrar, en la historia general, el estudio de la civilización, es decir, de lo que no es política; y qué debe comprenderse bajo aquel nombre.

La exposición de estas discusiones, requiere párrafo aparte.

2.—Estado actual de la cuestión.

Contribuye en primer término á la inseguridad en este orden, no sólo la tradición—que está del lado de la historia política, más ó menos interna y completa,—sino también la constitución en ciencias independientes de las que co-

(1) G. Grupp, *Kulturgeschichte des Mittelalters*. Stuttgart, 1893. Del mismo, *System und Gesch. der Cultur*. Dos volúmenes.

(2) F. Ostrop. En la revista *Nordisk Tidsskrift*, núm. 8.

(3) Se tratará de esto más adelante. Véanse, v. gr., los programas de los concursos de agregación, en Francia, y los estatutos de examen de la Universidad de Oxford.

responden á los diversos órdenes de la vida humana. Ya hemos visto que, en cierto modo bajo esta consideración, los profesores alemanes de la llamada historia moderna se ciñen, casi en absoluto, á la historia política (1). En realidad, muchos autores no la conciben de otro modo. Así Freeman, cuya fórmula: «La historia es la política pasada, y la política la historia presente» (*history is past politics and politics is present history*), es lo bastante expresiva para que no necesite aclaración; y aun Macaulay, que en su *Historia de Inglaterra* (á pesar de las grandes promesas que hace) no sale del aspecto político, aunque entiende su génesis y su vida con un sentido muy amplio, que lo aparta del mero estudio de lo que se ha llamado Estado oficial, simple elemento, entre muchos, de los que contribuyen á la actividad política de las sociedades (2). Gervinus concibió su célebre *Historia del siglo XIX* (1855-68) del mismo modo, según declara en la dedicatoria á su maestro Schlosser: «Esta obra ha sido compuesta para servir á las necesidades políticas de la época actual y de la patria alemana.» Cuando estudia otras esferas de la vida social, es para que se aprecie su influencia en el orden político. Así hace, por ejemplo, en el capítulo dedicado á las reacciones ocurridas en los años de 1815 á 1820, cuyo primer párrafo se ocupa de la filosofía y la literatura de aquel período, considerándolas como

(1) Véase la lección segunda.

(2) Véase su citado estudio titulado *History*, en el volumen I de los *Miscellaneous writings*. En mi *Historia de la propiedad comunal* (Madrid, 1890, páginas 26 y 27) he examinado especialmente esta idea de Macaulay, á propósito del modo de escribirse aquella historia. Acerca de esta inconsecuencia de Macaulay—que también se ve en Guizot,—ya dijimos antes algo.